

Apuntes para un intento de racionalización de la economía

El habitante de los países sometidos a la influencia de la civilización industrial, con justo motivo puede sentirse orgulloso de sus triunfos sobre las fuerzas de la Naturaleza, convertidas en colaboradoras suyas, cada día más eficaces. Pero al mismo tiempo, y más especialmente después de los últimos cinco años, también está obligado a reconocer que sus magníficos progresos no han sido suficientes para asegurar de modo continuo la satisfacción de las necesidades materiales mínimas de todos los sectores de población.

Es verdad que su lucha con este problema le ha conducido a la creación de una ciencia económica de gran valor; pero no es menos cierto que hasta ahora los resultados obtenidos no sólo no pueden admitirse como aceptables desde un punto de vista práctico, sino que ni siquiera han logrado dar al hombre la sensación de orientación acertada alcanzada en otros campos.

La ciencia económica conserva todavía una mezcla demasiado confusa de elementos puramente económicos con otros morales, filosóficos y aun metafísicos. Su situación recuerda la de la Química antes de Lavoisier, dominada por teorías místicas. El flogisto, con su flexibilidad de caracteres, no se separa mucho de los "impoderables", tan de moda entre los economistas; en sus tiempos fué considerado como una de las grandes potencias de la Naturaleza, tal vez con más motivo que ahora consideramos al oro como una de las grandes potencias de la economía.

Y si bien la teoría del flogisto, hábilmente manejada, condujo a descubrimientos tan importantes como los realizados por Scheele, no es menos cierto que la Química, como ciencia, nació cuando Lavoisier penetró en su campo, procedente del de la Física, sin estar dominado por los prejuicios del flogisto, e inició la nueva época de investigación cuantitativa, o de la balanza, que ha conducido a los maravillosos resultados que todos conocemos.

La ciencia económica necesita también que en ella se introduzca un nuevo criterio, más preciso y más objetivo, bien entendido que todo avance en ese sentido ha de ser algo muy diferente a lo que, por ejemplo, intentó la Escuela de Lausana para convertir la economía en una ciencia comparable a las ciencias exactas. Precisamente lo que Walras y Pareto trataron de llevar a fórmulas matemáticas fué el elemento subjetivo, del que la Economía ha de desligarse, cediendo su estudio a otras disciplinas.

La Economía, limitada a su verdadero cometido, si bien, como toda actividad humana, ha de enlazar con cualquier sistema filosófico que se acepte, nunca progresará si, al buscar dentro de su campo nuevos hechos y nuevas ideas, lo hace con el propósito o con el deseo de que los resultados que se obtengan vengán precisamente a justificar o a negar un sistema filosófico determinado, o, lo que es aún peor, un cierto sistema político, existente o en proyecto.

La Filosofía se mueve en un plano superior y, por lo tanto, distinto al de los problemas prácticos de ca-

da día, que son los que ha de resolver el economista antes de remontarse a empresas de más altos vuelos. Buena estaría, por ejemplo, la electrotecnia si sus creadores, por un afán especulativo, se hubieran limitado a filosofar sobre la naturaleza de la electricidad y renunciado a analizar sistemáticamente sus manifestaciones mesurables, y si en las cátedras de las escuelas de Ingeniería se siguiera para su enseñanza un método análogo al adoptado por los autores clásicos en la inmensa mayoría de los tratados generales de economía.

J. B. Say tituló una de sus obras más conocidas *Tratado de Economía política o simple exposición de la manera cómo se forman, se distribuyen y se consumen las riquezas*, y este título acaso constituya la mejor definición de cuál ha de ser el contenido de la ciencia económica. Sólo después de bien conocer el mecanismo y la interconexión de la producción, de la distribución y del consumo se podrá pretender fijar normas adecuadas para satisfacer necesidades y deseos materiales encaminados al cumplimiento de los fines que el hombre se proponga, por consideraciones de orden moral o por exigencias biológicas, unas y otras totalmente ajenas a la economía pura.

Si se admite esta interpretación de la Economía hay que aceptar también que entre ella y la Ingeniería existe una estrecha relación, ya que en la civilización contemporánea la Ingeniería, en sus múltiples aspectos, constituye un factor esencial de la producción y de la distribución. Es más: se podría llegar a considerar la Ingeniería como una rama de la Economía, y aun a fundir a ambas en una sola técnica. Lo que sí se puede afirmar, sin peligro de error, es que el ingeniero, por su preparación y experiencia profesional, está llamado a intervenir muy activamente en el progreso y en la aplicación de la ciencia económica. El valor de esta afirmación resalta si se observa lo difícil que es, en nuestros tiempos, hablar de Economía sin tener, por ejemplo, una noción clara de cómo se manejan los kilovatios-hora, y sin conocer, al menos en sus grandes rasgos, las principales características y realizaciones de la producción en serie o en grandes masas, y los adelantos y posibilidades de la moderna química industrial.

También hay que admitir que en la Economía son posibles métodos tan sencillos y tan objetivos como los que han permitido el progreso de la Ingeniería. Si en este camino no se han realizado mayores progresos es, como dice Le Bon, porque, mientras que las verdades que sólo se dirigen a la inteligencia se establecen fácilmente, las verdades económicas chocan con sentimientos e ilusiones sociales, y en su terreno sólo se imponen las experiencias desastrosas.

La experiencia de 1929 y años siguientes ha sido lo suficientemente desastrosa para que podamos esperar, a modo de compensación, un cierto progreso hacia la verdad económica. Un ejemplo de lo que la experiencia enseña nos lo suministra la comparación entre los esfuerzos hechos en nuestro país hace algunos años para elevar la cotización de la peseta y una afir-

mación contenida en el informe del Banco de España a la Comisión interministerial de Comercio exterior con motivo de la fracasada Conferencia Económica de Londres, que, copiado textualmente, dice: "... el problema monetario tiene un carácter puramente formal, en cuanto que su objeto no es más que proveer un mecanismo dentro del cual la solución de los problemas fundamentales se facilite", y que no ha motivado protesta alguna de los antiguos estabilizadores e interventores del cambio, a pesar de llevar envuelta una rectificación total de las teorías por ellos defendidas.

En las líneas que siguen, y a modo de aplicación del criterio sustentado en los párrafos anteriores, se presentan unas rápidas reflexiones sobre diversas cuestiones concretas de orden económico.

* * *

La mayor o menor facilidad con que el hombre puede atender sus necesidades y deseos de orden material determina su mayor o menor grado de riqueza. Esto, o sea la satisfacción de necesidades y deseos de orden material, sólo se puede obtener por medio del trabajo, que es ¹ "una exigencia natural, eterna, una condición de existencia, independiente de toda forma social, que establece la relación entre el hombre y la naturaleza para el sostenimiento de la vida".

Los diferentes grados de riqueza de una determinada colectividad humana, o, lo que es lo mismo, los diferentes grados de rendimiento de su trabajo, dependen, esencialmente, de tres factores presentes en todas las formas posibles de organización social:

1.º Los recursos naturales y condiciones geográficas de las regiones en que la colectividad habite o domine.

2.º El rendimiento que los conocimientos de la colectividad le permitan obtener de dichos recursos naturales.

3.º Los medios físicos de producción y distribución, tales como herramientas, sistemas de transporte, instalaciones de captación de energía, etc., de que la colectividad disponga.

Estos factores de la producción, o fuerzas productivas, pueden ser utilizados por el hombre, bien para obtener artículos o prestar servicios que posean una forma bajo la cual pasen al consumo individual, satisfaciendo directamente necesidades y deseos, o bien para reponer o aumentar las herramientas, los sistemas de transporte, las instalaciones de captación de energía, etc., y perfeccionar sus conocimientos científicos, técnicos y de los recursos naturales a su alcance.

Con la obtención de artículos para el consumo individual y la prestación de servicios, el hombre crea una riqueza que se puede llamar "actual", ya que sirve para atender necesidades y deseos "actuales". Con la reposición de los medios de producción y distribución, desgastados en una y otra, y la conservación de sus conocimientos, el hombre mantiene para el futuro sus posibilidades de riqueza. Mediante el incremento de estos mismos medios y conocimientos el hombre aumenta para el futuro sus posibilidades

de riqueza, puesto que, gracias a los progresos que en unos y otros realice, podrá llegar a obtener, en su día, un mejor rendimiento de trabajo, bajo la forma, bien de una mayor producción de artículos de consumo y una mayor disponibilidad de servicios, bien de una reducción del esfuerzo necesario para mantener ambas a un nivel constante.

Durante muchos siglos el esfuerzo humano sólo rindió lo suficiente para cubrir estrictamente las necesidades esenciales del hombre, sin que éste pudiera dedicar, a la creación de nuevos medios de producción y de transporte, o a la obtención de nuevos conocimientos, algo más que la experiencia lentamente recogida en la realización de su trabajo. Esta experiencia acumulada, en gran parte transmitida de unas generaciones a otras por la tradición, y bien administrada, hizo posible la vida de importantes civilizaciones, como lo fueron, por ejemplo, las de Egipto, Grecia, Roma y la europea hasta el siglo XVIII. En todas ellas, bajo formas sociales muy diversas, con notables adelantos de la construcción, las obras de riego, los caminos, etc., se encuentra un factor económico esencial común, que consiste en la limitación de la energía utilizada por el hombre, reducida a la que él mismo podía producir con su esfuerzo físico, aumentada con la obtenida de los animales y, en contados casos, la escasísima procedente de algunos motores rudimentarios que aprovechaban malamente la fuerza del agua o del viento.

Pero, a partir del siglo XVIII, las condiciones en que se desenvuelve el trabajo experimentan un cambio radical ¹, cuya importancia puede resumirse recordando, con los tecnócratas norteamericanos, que hasta el siglo XVIII la energía consumida por el hombre en su trabajo, incluido su propio esfuerzo y el de los motores rudimentarios y animales a su servicio, no pasó de 2 000 calorías por hombre y día, mientras que en el siglo XX, en los Estados Unidos de América del Norte, se ha llegado a un consumo diario de energía equivalente a 150 000 calorías por habitante, del que un 7 por 100 corresponde a la producción de alimentos. Y la producción mundial de energía eléctrica, tan sólo una de las múltiples formas en que el hombre ha logrado sujetar a importantes fuerzas naturales, sin utilización práctica antes de mediar el siglo XIX, totaliza ahora anualmente una cifra del orden de los 250 000 millones de kilovatios-hora.

Aunque las nuevas condiciones en que se desarrolla la vida humana exigen una estructura social muy compleja, que absorbe una parte importante, tanto del esfuerzo personal como de las nuevas energías utilizadas, el rendimiento del trabajo del hombre en los países sometidos a la influencia de la civilización industrial ha aumentado en proporciones formidables, que le permiten cubrir sus necesidades esenciales con sólo una parte de dicho esfuerzo, y dedicar el resto a la creación de nuevos medios de producción y distribución, que desde hace ya bastantes años aumentan en progresión creciente, hasta el punto de que periódicamente la Humanidad sufre desorientaciones (crisis), hasta ahora pasajeras, durante las cuales no sabe cómo utilizar y disfrutar las posibilidades ofre-

¹ Karl Marx: *El Capital*, libro primero, cap. I, pág. 31, de la edición española de M. Aguilar, traducción de M. Pedroso.

¹ Véase F. Bustelo: "Notas para un estudio de las crisis económicas", REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS, I de octubre de 1932, página 446.

cidas por los nuevos instrumentos que ella misma creó.

Wagemann¹ refleja esta situación en los términos siguientes: "Una de las raras contradicciones de nuestros azarosos tiempos estriba en que, constantemente, los progresos de la técnica nos deparan nuevos y más fáciles caminos para la obtención de productos; pero al mismo tiempo, y a pesar de estos métodos perfeccionados y de la enorme abundancia de mercancías, más de 20 millones de seres humanos sufren las angustias del paro obrero y de la escasez. En pasadas épocas la Humanidad sólo conocía crisis económicas motivadas por la falta de bienes, mientras que en la Economía moderna se da la tremenda paradoja de una miseria motivada por la abundancia misma."

El sistema económico en que esta paradoja se presenta es el sistema capitalista, caracterizado en algunos de sus aspectos por el especial desarrollo de varios de los factores económicos antes citados.

* * *

Desde el punto de vista de la producción de riquezas, el capitalismo se caracteriza por:

1. Rendimiento elevado del trabajo humano, que permite al hombre cubrir sus necesidades esenciales con sólo una parte del esfuerzo de que es capaz, y dedicar el resto del mismo a incrementar sus medios de producción y transporte, así como sus conocimientos.

2. Existencia de un importante capital real, denominación bajo la cual hay que comprender todos los medios de producción y transporte disponibles (herramientas, motores, saltos de agua, ferrocarriles, etc.), así como los conocimientos que el hombre posee acerca de la utilización de tales medios y de los recursos naturales a su alcance.

El capitalismo, considerado en este aspecto, no presenta más que un grado de intensidad en la economía, y resulta independiente de toda forma política, a pesar de que la expresión "capitalismo" haya sido lanzada al mundo, como un lema político, por la crítica socialista de la sociedad².

Wagemann, por ejemplo, al clasificar los sistemas económicos según su grado de intensidad, establece cuatro tipos de zonas económicas: supercapitalista, semicapitalista, neocapitalista y no capitalista. Caracteriza cada tipo por la densidad de población, utilización de maquinaria, tráfico, proporción de obreros industriales y comercio exterior³, elementos todos ellos que se pueden concretar en cifras que resultan de mediciones y estadísticas objetivas, sin relación alguna con las formas políticas, y que aparecen resumidas, para diversos países, en el cuadro I adjunto.

Desde este punto de vista Rusia queda incluida en las zonas semicapitalistas, y, además, su plan quinquenal no es otra cosa más que un enorme es-

fuerzo para elevar el grado de intensidad de su economía hasta el supercapitalismo.

Precisamente la preparación del plan quinquenal planteó en Rusia, con gran claridad, acaso no igualada en otro momento alguno de la historia del hombre, un problema económico fundamental en toda organización social, pero que adquiere especial relieve en las economías capitalistas. Este problema es el de la distribución del trabajo humano y demás fuerzas productivas entre la obtención de artículos para el consumo individual e inmediato y el incremento de los medios de producción y transporte.

Una sociedad que dedicara todo su esfuerzo a la obtención de artículos destinados al consumo individual e inmediato elevaría momentáneamente, al máximo posible en sus circunstancias especiales, el nivel de vida de sus miembros; pero si no reponía los medios de producción y transporte a medida de su desgaste, retrocedería rápidamente hacia una economía de menor intensidad. Si la colectividad pasara de esta conducta, evidentemente desastrosa, a otra en la que distribuyera su esfuerzo entre la obtención de artículos para el consumo inmediato y la reposición de los medios de producción y transporte desgastados, tendría que reducir el nivel de vida al distraer parte del esfuerzo antes empleado en la obtención de artículos para el consumo; pero, en cambio, mantendría una economía estable. Si aún disminuyera más el esfuerzo dedicado a la obtención de artículos para el consumo, para concentrarlo sobre los nuevos medios de producción y transporte, el nivel de vida también descendería más, para volver a subir más tarde, cuando los nuevos medios de producción entraran en actividad.

Los rusos decidieron dar a su problema esta última solución; pero las violentas discusiones que entre ellos hubo, antes de aceptarla, fueron una confirmación más de que la ciencia económica, como todas las demás, plantea cuestiones que el hombre ha de resolver fuera de ella, en virtud del concepto que tenga de la vida en su conjunto.

Después de Rusia son los países neocapitalistas los que mejor se prestan a un estudio de la influencia que sobre la vida humana ejerce el grado de intensidad de la Economía y de su variación a lo largo del tiempo. En la mayoría de los países supercapitalistas, por ser larga su historia, la tradición dificulta la percepción de las perspectivas puramente económicas.

* * *

Pasando a otro punto de vista, en el que ya aparecen enlazados factores netamente económicos con otros de carácter social y político, el capitalismo puro, que corresponde a la escuela liberal, se caracteriza por la ausencia de todo organismo director, encargado de determinar qué cantidad de cada producto o servicio ha de producirse anualmente, y de fijar qué cantidad de recursos humanos y materiales ha de dedicarse a una u otra clase de producción. En el sistema capitalista la regulación de todos estos factores se hace indirectamente a través de un sistema de precios y beneficios. Si hay exceso de producción en un cierto sector, en él los precios y los beneficios bajarán y se contraerá su actividad por falta de remuneración atractiva. Lo contrario ocurrirá si hay falta de la producción de que se trata.

¹ Ernst Wagemann: *Estructura y ritmo de la economía mundial*. Traducción de M. Sánchez Sarto. Editorial Labor, Barcelona, 1933.

² E. Wagemann, op. cit.

³ Wagemann, aparte de otras críticas que pudieran hacerse a su selección de cifras representativas, olvida el magnífico índice del grado de intensidad económica que vendría dado por las cifras de consumo unitario (población y superficie) de energía eléctrica.

En otras palabras, el capitalismo puro representa un tipo de Economía lucrativa libre¹ regido por el principio de la rentabilidad.

Muchos críticos del capitalismo hacen de la regulación de la actividad productora, a través del lucro y de la rentabilidad, el eje de sus censuras al sistema económico en que vivimos. Sin embargo, tampoco resulta demasiado difícil la defensa de este sistema de regulación, en todo o en parte, si se le supone apoyado sobre una organización social en la que, al lado de estudios económicos bien orientados, aparezca fuertemente desarrollado el sentimiento, espontáneo o impuesto, de la íntima ligazón que existe entre los intereses de cada individuo o empresa y los de los demás y los colectivos.

A este posible refuerzo de la eficacia reguladora del sistema de precios y del principio de la rentabi-

lidad se deben las aparentes contradicciones de los comunistas rusos al aceptarlos en parte para sus explotaciones industriales agrícolas, y las de los fascistas italianos y alemanes al introducir en ellos elementos francamente socialistas, o las del presidente Roosevelt al seguir una política análoga.

Aún más que el sistema de precios, el principio de la rentabilidad, que ha constituido, en el terreno social, el principio animador de todo el desarrollo industrial de los siglos XVIII y XIX, representa, desde el punto de vista político, el elemento característico del sistema capitalista. Su estudio y el de sus repercusiones sobre los factores puramente económicos presenta un interés extraordinario¹, que justifica un examen por separado.

F. BUSTELO

¹ Véanse, por ejemplo, *Debt and Production*, por Basset Jones, New-York, 1933, y *La Théorie de l'Intérêt*, por Irving Fisher, edición francesa, por Pierre Coste, París, 1933.

CUADRO I (*)
Grados de intensidad económica (1928)

ZONAS Y PAISES	POBLACION		Consumo de maquinaria (6) en marcos (Rm)		Extensión de la red ferroviaria en km		Existencias de vagones — Unidades		Transacciones del comercio exterior en Rm		Participación en el comercio mundial — Por 100
	En millones de habitantes	Por km²	Por habitante	Por km²	Por 10 000 habitantes	Por 100 km²	Por 10 000 habitantes	Por 100 km²	En millones	Por habitante	
I.— <i>Supercapitalismo</i> . .	552	44	42	1.763	13,6	5,9	70	31	192,4	349	69,0
Corresponden a:											
Europa ¹	367	88	20	1.712	8,9	7,5	26	22	142,5	389	51,1
a) Europa industrial . .	204	119	31	3.731	10,5	11,8	43	51	116,6	571	41,8
b) Zonas agrarias de Europa ²	162	66	5	336	6,9	4,5	5	3	25,9	159	9,3
EE. UU. de América ³ . .	124	16	127	1.826	33,0	5,1	235	36	40,2	325	14,4
Japón (prop. dicho) . . .	61	161	6	999	3,1	4,9	3	4	9,8	157	3,5
II.— <i>Semicapitalismo</i> . .	1.081	57	1	31	1,8	0,7	0,6	0,4	38,2	31	13,7
Corresponden a:											
Rusia (U. R. S. S.) . . .	150	7	4	26	5,4	0,3	0,6	0,04	3,8	25	1,4
Asia ⁴	903	64	0,5	30	1,1	0,7	0,5	0,3	29,7	27	10,7
III.— <i>Neocapitalismo</i> . .	119	3,1	16	47	21,8	0,7	27	0,8	40,5	342	14,2
Corresponden a:											
Centro y Sudamérica . .	94	4,7	5	25	12,6	0,6	12	0,5	19,0	203	6,8
Unión Australiana . . .	6,3	0,8	47	36	75,7	0,6	121	1,0	5,5	870	2,0
Nueva Zelanda	1,5	5,5	34	176	40,5	2,2	156	8,5	2,0	1.393	0,7
Unión africana	7,6	6,2	13	81	28,2	1,6	11	0,7	3,4	437	0,9
Canadá	9,7	1,0	93	91	71,0	0,7	112	1,1	10,6	1.098	3,8
IV.— <i>Estados acapitalistas</i> ⁵	51	3,6	—	—	2,5	0,1	1,5	0,05	1,9	37	0,7

¹ Sin Rusia. — ² Dinamarca inclusive. — ³ Sin Alaska; Cuba inclusive. — ⁴ Sin Japón ni Rusia. — ⁵ Congo belga, África occidental francesa, Sudán, Irak, Nigeria. — ⁶ 1925.

(*) Tomado de E. Wagemann, op. cit., pág. 33.

Facetas ferroviarias

El estado avanzado de la construcción de los nuevos ferrocarriles exige se le preste especial atención, a fin de fijar la modalidad que ha de permitir poner en servicio las líneas. Entre ellas hay algunas que por su vitalidad son susceptibles de explotación ais-

lada, y aun pueden servir de auxilio a otras continuas; pero, en general, será conveniente, para obtener mayor ingreso total, prescindir de organizaciones en ramales inconexos, como lo verifica actualmente el Estado con los trozos aislados que tiene a su cargo,